

mujer entre sus brazos y acercándose á sus labios, le dijo?

—Me amas ¿verdad?

—Amaré á mi marido—respondió Marta, pálida de angustia pero resuelta á mantener siempre su juramento de casada.

A esta misma hora, Miguel que había llegado á Ginebra en el tren de mediodía, maldecía los ferrocarriles suizos que apenas andan de día y mucho menos de noche. Condenado á perder doce horas en espera de tren, subió, para no aburrirse, al Grand-Sacconex, desde donde divisaba el Mont Blanc, iluminado por los rayos de un sol poniente.

Aquella cantidad tan extraordinaria de nieve le fascinaba; quería descender y sin embargo subía siempre atraído por aquella blancura inmaculada á la que los últimos rayos de sol daban un tinte sonrosado indeciblemente tierno y puro. No podía apartar sus ojos de aquel espectáculo; en su imaginación le pareció franquear el Sálève y los valles, y hubiera querido abrazar con un solo abrazo, aquellas cimas tan nevadas, tan esponjosas, tan dulces, tan inaccesibles...

—¡Como Marta!—se dijo—inaccesible como la nieve de los Alpes... aunque sus mejillas, como estas cúspides, se colorean á veces...

No terminó el pensamiento; empezó á soñar con el recuerdo de la mujer amada y ensimismado en su cariño, contempló vagamente la silueta del Mont Blanc, dibujarse como un fantasma en el fondo obscuro de un cielo azul tachonado de estrellas.

## XIV

A las ocho de la mañana del día siguiente, recorría la princesa Oghérof el jardín de su nueva residencia.

Sin poner atención á sus bellezas, caminaba de prisa á lo largo de una espesa avenida de tilos que bordeaba el lago Ladoga, y como si fuera impulsada por un resorte, una vez llegaba al final volvía sobre sus pasos reanudando el paseo.

Por dos veces se enredaron los encajes de su vestido en las ramas de un espino, pero ella continuaba la marcha dejando los trozos del tejido que flotarán á impulsos del viento matinal, hasta que un pájaro furtivo se los llevaba en el pico para abrigar el nido.

El lago inmenso brillaba ante su vista; Marta fijaba sus ojos en las tranquilas aguas, pero en seguida salía de aquella especie de embobamiento y lanzaba su mirada errante por la arena de las orillas próximas, que le parecía sembrada de manchas negras.

Así estuvo cerca de una hora hasta que cansada se apoyó en el tronco de un añoso tilo, dejó caer los brazos y bajó la cabeza con expresión de profunda melancolía.

—¡Ultrajada! Esta era la palabra que, á pesar suyo acudía á sus labios mudos, á su revuelto espíritu. Desde hacía una hora, estaba esforzándose en sacudirla de su mente, en borrarla de su pensamiento, en olvidar hasta la existencia de la causa, pero siempre acudía ante sus ojos, con despia-

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO GARCÍA"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

dada obstinación, y la veía por todas partes sobre la arena de los paseos, sobre la hierba de los parterres. La palabra «ultraje» aparecía escrita en todos los sitios de su nueva residencia, que era la de su marido y por consiguiente la suya.

A partir de la noche pasada, se había descubierto para ella el velo que cubría un mundo nuevo. El príncipe, siempre y en todas partes, caballero irreprochable, le habría contado sin duda toda su pasada existencia. Le habría dirigido palabras de ternura que probablemente no habrían nacido espontáneamente del corazón de un marido enamorado.

—¡Ultrajada! se repetía Marta, luchando en vano contra la realidad. ¡Ultrajada! Y yo que me consideraba tan digna, ¿dónde está hoy mi orgullo?

Su orgullo era de esos que no mueren. Apareció en la sonrisa que dirigió á su marido cuando éste fué á buscarla al comedor. Lo mismo que el resto del mundo, el príncipe no sabría nunca que esta mujer consideraba las ternuras de su marido como un insulto; que ella había soñado poseer un hombre cuyo corazón no hubiera palpitado más que por ella y cuyos labios no hubieran murmurado otro nombre que el suyo.

Hubiera querido *todo*, antes que volver á ver Miguel después de su abandono, y ese *todo* lo tenía en efecto: una vida de orgullo herido, de sufrimiento secreto, de profundo padecimiento, pero al menos, cuando Miguel regresara, la encontraría casada. Contrariamente á lo que esperaba, esta idea hundió más el puñal en su alma.

Se sirvió el almuerzo; el príncipe comía con apetito y su conversación era la de esa gente perfectamente educada que está llamada á vivir siempre quieta. El servicio de plata, las porcela-

nas de Sajonia, la tapicería antigua, todo respiraba al rededor de los recién casados el lujo de una gran casa.

—Todo esto es para mí y nada me complace, hubiera preferido ser institutriz en la casa de alguna familia provinciana, porque al menos todavía sería libre—dijo Marta para sí.

En aquel momento el príncipe le dió un beso en la mano en la cual le alargaba un vaso.

Marta se sonrió. Era necesario acostumbrarse á esta vida.

Los ocho primeros días se hicieron interminables. Alejandro Ogherof era una bellísima persona, pero tan ligero y fútil como un globo inflado. Sin los caballos, los perros, los carruajes, el yatch para pasear por el lago, las flores, y en fin, sin todo ese lujo que ponía en manos de Marta á cada momento una distracción nueva, la vida de la princesa hubiera sido insoportable afortunadamente, su marido era tan activo para todas estas cosas, que el cansancio impidió á Marta recaer en sus antiguas melancolías, hasta el día en que llegó su familia.

La primera figura que apercibió en la ventanilla del carruaje, al desembocar éste por la avenida central, fué la de Paulina Opfer.

Devorada por el deseo de contemplar su obra, desde hacía mucho rato se había asomado á la portezuela. Quiso ser la primera en abrazar á su adorada princesa, pero á pesar de todas sus precauciones, Nastia pasó por encima de ella y estrechó entre sus brazos á su hermana, llorando y riendo á la vez y armando tal algarabía que el príncipe tuvo que preguntar á su suegro tres veces consecutivas si traían algún equipaje.

El señor Milaguine había envejecido un poco durante esta semana; sin darse cuenta precisa

de ello le parecía que todo esto había ido demasiado deprisa.

Marta estaba hermosísima, sonreía con aire de felicidad, no había adelgazado y aparecía fresca como una rosa. El señor Milaguine no cesaba en sus exclamaciones de alegría. Cualquiera hubiera dicho que iba á encontrar en casa de su yerno, la osamenta de su hija envuelta en un paño rojo, después de roída por el lobo.

Paulina no estaba contenta. Había coincidido con el señor Milaguine en lo relativo al lobo, y he aquí que se encontraba en presencia de un edil en donde reinaba la paz, en donde el canto de los pájaros reemplazaba la flauta clásica y en donde ni la más ligera nubecilla empañaba el sereno azul del horizonte.

—Esto va demasiado bien—se dijo Paulina con la perspicacia que la Providencia, á falta de otros dones, la había dotado—debe haber algo.

Marta, por otra parte, tuvo mucho cuidado en hacer las cosas de modo que no pudiera Paulina adivinar nada.

Su marido quedó sorprendido de la vivacidad de Marta en todas las conversaciones y de la amabilidad con que lo trataba durante el día y se devanaba los sesos pensando á que podría obedecer la apatía que observaba en ella durante las noches.

—Se cansa mucho—decía el príncipe para consolarse—todo eso pasará cuando estemos más tranquilos.

El pobre príncipe no estaba, sin embargo, llamado todavía á gozar de esta tranquilidad tan especial, puesto que Marta se fué con su familia al hotel de su padre.

Desde hacía tres semanas vivía sólo el príncipe en San Petersburgo. Afanándose en preparar á Marta una casa digna de ella. A cada momen-

to iba al campo, pero «la vida de casado no era esa» según dijo un día á su coronel que le encontró en la Gran Morskaia.

—¡Ya volverá—contestó sonriendo el coronel que era un hombre de mundo.

—¡Ciertamente!

Aquella tarde salió el príncipe de su casa á las cinco. Ya era tarde para ir á ver á su mujer; su llegada á media noche hubiera sorprendido desagradablemente á la familia. Comió en un restaurant y se fué á dar un paseo por las orillas del río. El tiempo era magnífico y la noche calorosa. Un compañero de regimiento pasó por su lado al trote largo de su caballo.

—¡Eh! Demianof, gritó el príncipe. ¿Dónde vas?

—Casa de Isler, contestó el oficial, tocando en la espalda al cochero.

—¡Ah dijo el príncipe desconcertado. Tienes un bonito caballo.

—Un trotador Orloff, querido.

—¿Y á dónde dices que vas?

—A casa de Isler, te repito. Tiene una artista nueva. ¿Quieres venir?

—No... dijo el príncipe resueltamente después de haberlo pensado un momento. No tienes asiento en el carruaje.

—¡Que no hay asiento! Pero si este coche es exclusivamente para dos personas. Se sostienen mutuamente. Sube y verás qué modo de trotar mi caballo. Antes de un cuarto de hora estaremos allí.

—¿En un cuarto de hora?

—¡Cuando yo te digo! Vamos, ¿vienes?

Oghérof subió al carruaje de su amigo sentándose casi sobre las rodillas de Demianof.

—Casa de Isler, le dijo éste al cochero. ¡Y de prisa!

Pocos momentos después desaparecía el drojki por el extremo del puente Troitsky.

¡Pareció cosa del diablo! Oghérof aquella noche se encontró en el concierto con una rubia preciosa á la cual, seis meses antes, había cortejado y que bruscamente desapareció de la ciudad sin saberse á dónde había ido.

Reanudó su conocimiento con ella, se cenó alegremente y cuando terminó el concierto, en vez de salir el príncipe en el incómodo carruaje de su compañero de armas, optó por el comfortable landó de la rubia artista.

## XV

Miguel regresó á San Petersburgo cuatro días después del casamiento de Marta; al entrar en su casa se encontró con una carta de su tía Averief escrita desde el mismo día de la boda, en la que le decía que fuera en seguida, pues tenía necesidad de hablar con él.

Se cambió de traje, tomó el tren y á las siete de la tarde llegaba á Tsarskoo-Selo.

Cuando la señora Averief oyó el ruido producido por las espuelas del oficial en el recibidor, hizo lo que no acostumbraba más que con su soberano; se levantó y fué á recibir á su sobrino. Sorprendido Miguel por este cambio en las costumbres de la casa miró á su tía con ansiedad, encontrándola más pálida que de costumbre y fatigada en apariencia.

—Te estoy esperando desde hace unos cuantos

días, le dijo después de los saludos. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato, en el tren de las cinco.

—Luego ¿no has comido?

—Como me llamaba con tanta urgencia...

—Muy bien, contestó la señora Averief, agradecida á esta deferencia; comeremos juntos y tal vez tenga más gana.

La señora Averief no probó bocado; miraba cariñosamente á su sobrino saciar su apetito de viajero y con cariñosa solicitud iba sirviendo los platos á Miguel. Este, que estaba muy bien educado, no se atrevía á preguntar á su tía el motivo á que obedecía la urgencia en ir á su casa, y esperaba que ella eligiese el momento oportuno para explicarse.

Después de servido el café, la señora Averief se levantó, y acompañada de Miguel, se dirigió á su alcoba; instalóse en su butaca é indicó á su sobrino que hiciera lo propio en una silla. Sin despegar los labios pero con la angustia marcada en el semblante, esperaba Miguel las revelaciones de su tía.

—¿Has visto á alguien desde tu llegada?

—No, tía, á nadie.

—¿Ni á tus criados?

—A la vieja, pero cinco minutos solamente.

—¿No te ha dicho nada?

—Absolutamente nada de particular.

Miguel empezó á tener miedo. El semblante de su tía, siempre sonriente, tenía una expresión de seriedad que le desconcertaba. Sin embargo, se abstuvo de hacer ninguna pregunta.

—Vamos á ver, Miguel, siguió diciendo la señora Averief con acento bondadoso, ¿por qué saliste tan repentinamente de San Petersburgo sin decirme nada?

—Mi hermano estaba enfermo y me telegrafió para que saliera en seguida.

—¿Hiciste el viaje solo?

—¿Quién os lo ha dicho, tía? dijo Miguel un poco embarazado.

—Conversaciones de criados que han llegado á mis oídos, á pesar mío.

Miguel guardó silencio.

—¿Has llevado un niño, verdad?

—Puesto que lo sabéis, no os lo niego.

—Se ha dicho que era hijo tuyo, dijo tristemente la señora Averief.

—¿Y usted lo ha creído? contestó Miguel exaltado.

—No, Miguel, yo no lo he creído. Ese niño no es tuyo, porque sé que te tienes mucho respeto á tí mismo.

Y haciendo un movimiento lleno de dignidad, alargó su mano á Miguel que la besó respetuosamente.

—¿Por qué no me has revelado el secreto? Yo hubiera puesto tu nombre á cubierto de todas las murmuraciones.

—No podía hacerlo, querida tía. Se me ha exigido el más profundo silencio.

—Entonces has hecho bien, hijo mío, contestó únicamente la señora Averief.

Obscurecía; el jardín se iba envolviendo en sombras y la alcoba no estaba alumbrada más que por la lamparilla colocada en frente de las imágenes sagradas; el busto de la señora Averief, coronado de cabellos blancos, se destacaba vagamente en el fondo de los oscuros cortinajes.

Miguel creyó que se aproximaba una desgracia; la especial ternura de su tía y el misterio de ese interrogatorio que en apariencia nada significaba, le inquietó de tal modo que empezó á angustiarse.

—Querida tía, dijo en voz baja, si algún peli-

gro me amenaza, dígamelo en seguida; prefiero saberlo.

—¿Sea cuál fuera? le preguntó la señora Averief.

—Sí, tendré valor para todo.

Reinó un momento de silencio y después, colocando su mano sobre la de Miguel y adelantándose hacia él como si fuera á abrazarlo, le preguntó la señora Averief:

—¿Has querido alguna vez?

—Sí, tía mía, con toda mi alma y por toda mi vida, respondió Miguel con la cabeza levantada, dichoso de confesar, por vez primera, este amor que hasta entonces era un secreto.

—Y la mujer que adoras es...

—¡Marta Milaguinel!

—¿Eras correspondido?

—No lo sé, contestó Miguel humildemente, mientras que desde el fondo de su corazón una voz secreta le decía: ¡Mientes, ya sabes que te quiere!

—¿Has tenido algún disgusto con ella?

—No... ¿por qué?...

—Marta está casada.

—¡Casada! exclamó Miguel fuera de sí, y de un impetuoso movimiento se puso en pie dispuesto á matar al impío que le había robado su ídolo.

—Dios te ve, Miguel, le dijo la señora Averief, ¡no pegues, hijo mío!

El joven oficial se puso de rodillas ante su tía y ésta, poniendo sus manos sobre la cabeza de Miguel, exclamó:

—Yo te quiero tanto como á mi nieto y no he querido que un extraño te diera esta noticia; he creído que una tía, casi una madre, sería más compasiva en abrirte una herida, para curarla en seguida. Si me he equivocado, perdóname...

Miguel, sin pronunciar una palabra, escondió la cara entre las manos de su tía que lo acariciaba como á un niño que se quiere hacer dormir.  
—¡Casada! repitió Miguel después de un largo silencio.

Y deponiendo su actitud, preguntó á su tía:

—Explíqueme todo lo que ha pasado.

La señora Averief empezó á narrar los sucesos desde el mismo día del cumpleaños de Marta, tal y como habían pasado, sin reflexiones ni comentarios.

Aquellas cosas que la buena señora atribuía á una causa oculta, se las reservó para ella, pues falta de pruebas, no se consideraba con derecho á exponerlas. Pasó por alto la conversación que tuvo con Marta en aquella misma habitación. ¿Para qué hablar de ello, si Marta estaba casada? Era preferible intentar la separación completa de estos dos seres que no se habían comprendido, valia más que se apoderara de ellos el desdén y hasta el desprecio, antes que, á impulsos de un amor sin esperanza, llegara un día de deshonra para dos familias.

La señora Averief se abstuvo de hacer cargos contra Marta y dejó libre el campo á las suposiciones de su sobrino; ella no podía siquiera ofender á la «pobre princesa» como la llamaba; lamentó que Marta hubiera creído todo lo que de Miguel se dijo desde su ausencia; la pobre chica se equivocó al creer todas esas historias, pero desde el momento en que admitió como un hecho inconcuso la realidad de esas suposiciones, su conducta fué la de una mujer honrada y delicada. «Todo por el honor», decía la señora Averief y Marta había obrado atendida á esta divisa.

Cuando terminó, hizo Miguel el ademán de marcharse.

—Os doy las gracias, querida tía, desde el fon-

do de mi alma, dijo. No olvidaré nunca su bondad y sus atenciones. Quiera Dios que se presente la ocasión de probaros la certeza de mis palabras.

—¿A dónde vas? le preguntó la señora Averief alarmada por la calma profunda de su sobrino.

—A mi casa, á acostarme. He pasado estas tres últimas noches en el tren y estoy muy cansado.

—Y ¿qué vas á hacer?

—Volver al regimiento y procurar ser útil en la medida de mis fuerzas. Mi padre ha llegado ya ¿verdad?

—Sí.

—Mañana por la mañana iré á verlo. ¡Pobre padre! Si hubiera podido acudir dos meses antes no hubiera pasado nada de esto... En fin, el mal es irreparable. Buenas noches, querida tía, procure descansar.

—Supongo que no irás...

—¿A qué? ¿A matar á Oghérof? ¡Pobre diablo! No es culpa suya. ¡Estaría escrito ...

Salió á la calle y el aire de la noche calmó su excitación. Cuando llegó á su casa se acostó, pero antes de que el sueño viniera a cerrar sus párpados, mordió varias veces la almohada para ahogar los sollozos.

## XVI

Tres ó cuatro días después de la velada en casa de Isler, volvía el príncipe Oghérof del campo,

no sin haber llevado á su mujer, como expresi3n de su secreto arrepentimiento, un brazaletes maravilloso y un perrito faldero—dos objetos 3nicos en su g3nero—como decían los que los habían vendido. Al desembocar en la plaza de Isaac se encontró cara á cara con Miguel Averief.

Ogh3rof, satisfecho de volver á ver á su compa3ero, de quien, á decir verdad, no se había acordado desde hacía cuatro meses, le abrazó efusivamente, le preguntó acerca de su viaje, y le habló de sus caballos, de sus perros, de su nueva casa. De repente y como entre paréntesis, le dijo:

—¿Ya sabes que me he casado?

—Lo sé, respondió tranquilamente Miguel. Con Marta Milaguine.

—Sí, querido. ¡Qué bella persona! Creo que tú eras uno de sus adoradores ¿verdad?

—En efecto, contestó Miguel con aire grave.

—Pues bien, puedes continuar haciéndole la corte ¿Quieres venir á cenar conmigo en casa Dussaux?

—No, gracias, tengo mucho que hacer.

—¿Cuándo regresas con tu familia?

—Estaremos aquí á primeros de Octubre. Los Milaguine están con nosotros. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Hasta la vista.

—Vendrás á ver á mi mujer, ¿eh? A primeros de Octubre.

—No faltaré—dijo Averief.

Este encuentro y la molestia que le ocasionó el tapicero que no le acertaba el gusto para la confección de los muebles, disiparon á Ogh3rof los remordimientos que trajo del campo y que engendró el ver á su mujer tan amable, lejos de pensar en las distracciones mundanales de su marido. Y tan rápidamente desaparecieron estos remordimientos, que al día siguiente volvió á casa

de Isler, completamente só'o, y poco á poco fué adquiriendo la costumbre de visitar al medio día, á aquella rubia tan bonita que, según decía ella, se aburría soberanamente los días que no le veía.

Marta regresó, en efecto, el primero de Octubre, pero Miguel no fué á su casa. La princesa no se extrañó de ello, aunque suponía que un día ú otro se encontrarían en la calle, en una visita, en cualquier parte. Marta no se acordaba de Miguel más que cuando oía hablar de él y aun en este caso prestaba tan poca atención, que su nombre caía en el olvido en el momento que dejaba de sonar en su oído.

Tenía que llegar, sin embargo, ese día, más temido por Miguel que por la princesa. Una tarde, en el momento en que entraba Marta en casa de su padre para presidir uno de los frecuentes banquetes, le dijo el señor Milaguine, que no podía prescindir de la presencia de su hija querida.

—A propósito, he visto á Miguel Averief y vendrá esta noche.

—¿Aquí esta noche?

—Sí, y eso te extraña?

—No, pero después de la brusca salida para el extranjero, sin dar una excusa, ni una explicación...

—Parece ser que te envió un bouquet. ¿Estás segura de no haberlo recibido?

—Perfectamente segura.

—Entonces será que el muchacho que lo llevaba se equivocaría ó lo vendería para beberse el dinero. También sé que ha escrito desde el extranjero, pero su carta no ha llegado á mi poder.

—Hay gente que no tiene suerte—contestó secamente la princesa, acercándose á un espejo para arreglarse un bucle de sus cabellos.

Miguel fué el último en llegar. Se había pro-

metido no poner los pies en casa del señor Milaguine, pero había concluido por decidirse, convenido de que un día ú otro había de llegar el momento inevitable.

Los invitados se disponían á pasar al comedor y Miguel vió á la princesa en medio de un grupo de hombres. Vestida con un traje de terciopelo color violeta, con perlas en las orejas y un collar de brillantes en el cuello, estaba espléndida de hermosura. Al ruido de las espuelas, se volvió un poco, miró á Miguel un momento y le dijo con acento desdenoso:

—Buenos noches, señor.

Esto fué todo. Miguel contestó buenamente con un ceremonioso cumplido y pasaron todos al comedor.

El sitio que ocupó Miguel estaba en frente del de Marta y podía observar todos sus movimientos, todas las variaciones de su fisonomía. Y él las examinó en efecto. A pesar de la realidad, no podía creer que Marta fuera la princesa Oghérof. Había en ello un enigma que convenía descifrar.

La princesa era muy feliz en apariencia. Tan taciturna otras veces, hablaba mucho, reía con frecuencia, cogía al vuelo una frase escapada de la conversación general, daba las respuestas con aplomo y seguridad, y volvía otra vez á su charla con los que estaban á su lado, sin turbarse, sin perder un momento el hilo de la conversación interrumpida.

Al terminar la comida, se fué á servir agua y rompió el vaso.

—Eso es suerte—dijo riendo el señor Milaguine. Marta miró á Averief con el rabillo del ojo. La mirada de Miguel, fija en ella desde hacia un momento, aparecía con una expresión de gravedad, casi de reproche. Marta no pudo contener

su indignación; haciendo un movimiento rápido echó su silla hacia atrás y se levantó de la mesa, con gran sentimiento de algunos buenos gastrónomos que contaban todavía con dos ó tres minutos para volver á saborear un nuevo vaso de vino de Hungría.

En el salón, el encuentro era inevitable, so pena de llamar la atención; Miguel, pues, se aproximó á Marta con objeto de decirle una frase cualquiera, un cumplido, pero ella se adelantó á sus propósitos.

—¿Ha sido agradable su viaje?—le preguntó.

—Sí, princesa, muchas gracias; mi hermano está mejoradísimo—dijo Miguel con su calma habitual.

—Me alegro tanto. ¿Hace mucho tiempo que regresó usted?

—Cuatro días después de su casamiento. He tenido tiempo suficiente para aburrirme, pero no pude regresar antes.

—¿Y por qué aburrirse? La estancia en el extranjero es muy agradable y usted ha hecho muy bien en disfrutar de su licencia hasta el último día, ya que nada le obligaba á estar aquí.

Miguel miró á Marta con tal aplomo, y puso en su mirada tal expresión de reproche que la princesa sintió un estremecimiento.

—¿Hipócrita!—se dijo Marta, y le volvió la espalda para dirigirse á un anciano general que venía abriéndose camino por entre los muebles.

¡Qué angustias pasó Paulina Hopfer mientras duró esta conversación! retenida por el señor Milaguine que le hablaba de un licor de las Islas y de un curaçao centenario guardado en un frasco que debía servirse sin agitarlo, deseaba escapar del lado del importuno señor.

Por fin vió que Marta y Miguel se separaron, y por la seriedad acentuada del oficial y por la



indignación que revelaban los ojos de la princesa, comprendió Paulina que, por esta vez, estaba conjurado el peligro.

—Sin embargo, esto es peligroso—se dijo;—no faltaría más sino que pudiesen hablar.—Y, corriendo, se fué á buscar el añejo curaçao.

A media noche, y antes de marcharse á su casa, fué Marta á besar á su hermana dormida, y, contra su costumbre, se detuvo un momento para hablar con Paulina de cosas de la casa.

—Don Miguel ha vuelto—le dijo Paulina con voz dulce y los ojos bajos.

—¿Y qué?—contestó Marta.

—Que no creo que se vuelva á marchar en seguida.

—¿Por qué?

—Porque ya no tiene necesidad de hacer viajes tan largos para ver lo que quiere.

Marta no respondió.

—La niña se ha quedado allí. La niñera ha escrito á su familia diciéndole que pasará el invierno en Italia...

—Y la madre ha vuelto, ¿eh? —dijo Marta echándose á reír— no me parece mal!

Un movimiento de Nastia la hizo volver. La pequeña entreabrió los ojos, reconoció á su hermana, y tendiéndole los brazos se quedó nuevamente dormida, murmurando una frase incomprensible.

La princesa se avergonzó de este diálogo, de estos chismes de portería en la habitación de su hermana. Abrazó á Nastia y con sus besos de hermana, casi de madre, consiguió rebajar la tensión á las fibras de sus sentimientos.

Miguel y Marta se volvieron a ver con frecuencia; Averief fué dos ó tres veces á casa de la princesa, pero á la hora en que sus salones estaban llenos de gente.

Oghérof le había invitado á comer muchas veces, pero siempre encontró Miguel un medio de rehuir, y Marta pensaba que esta obstinación obedecía al deseo de no perder un tiempo precioso que Miguel sabía donde emplear á su gusto.

Por otra parte, Oghérof continuó haciendo su vida ordinaria, embebido en lo que él llamaba sus trabajos, y estos trabajos, que con frecuencia lo tenían separado de Marta, consistían principalmente en procurarse palcos en los teatros—concertos y hacer el amor á las artistas.

Marta se acostumbró á pasar con su hermana la mayor parte del tiempo, bien en su casa, ó en la de su padre, y algunas veces olvidó el señor Milaguine, al despertar de sus habituales siestas que su hija mayor estaba casada.

## XVII

Algunos días después de la promulgación del decreto Imperial en virtud del cual se concedió la emancipación de los siervos (19 de Febrero de 1861) se encontró Miguel, en una reunión, á Sofia Liakhine, que le acogió con marcadas pruebas de cariño. Se sentía atraída hacia ese joven grave y simpático, tan reservado él como aturdida ella, pero á quien adivinaba franco y leal. Hablose, como es consiguiente, de la emancipación, tema obligado de todas las conversaciones.

—¿Y qué opina usted, Sofia? —le preguntó Miguel.

—¡Yo estoy encantada! mi marido se ha pro-